

# Honduras: detrás del golpe

*Sergio Yépez Cordero*

## **Resumen**

Cuatro años después del golpe de estado en Honduras, el autor se pregunta acerca de los razones e intereses que había por debajo. Con el fin de comprender mejor por qué los hondureños están viviendo esta situación, el autor describe y analiza algunos hechos de la historia reciente de este país centroamericano.

**Palabras clave:** Centroamérica contemporánea, golpes de estado en América Latina, Presidente Zelaya, ALBA

## **Abstract**

Four years after the coups d'état in Honduras, the author of this essay asks himself about the reasons and interests that were behind. In order to understand better why Hondurans are suffering this situation, he describes and analyzes some events of the recent history of this Central American country.

**Keywords:** contemporary Central America, coups d'état in Latin America, President Zelaya, ALBA

El golpe de estado que se dio en Honduras el 28 de julio de 2009 tiene muchas más implicaciones geoestratégicas que las que someramente “analizan” los medios de comunicación, tales como “un atentado a la democracia”, o el conocido “retroceso político” para la región, o el “resurgir” de la intervención militar en la vida política y civil.

Más allá de un análisis positivista o parcializado, ¿cuáles son los intereses

políticos reales tras el golpe; qué tienen que ver el ALBA, la cuarta urna, La Habana o Hugo Chávez con la política de Zelaya y la llamada crisis hondureña? ¿Qué pasó con la paz centroamericana; realmente existió? Para ubicarnos mejor en el contexto de los acontecimientos debemos estar claros sobre qué pasó en Honduras y cuándo. El comienzo de esta historia se da con el sorpresivo –para algunos– acercamiento de Zelaya al Presidente Chávez,

hecho que tiene como piedra angular el eventual ingreso de Honduras a la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) en el año 2008 y toda la retórica ideológica que Chávez ha revivido. Esta cercanía política y ahora ideológica se consagra el 25 de agosto de 2008 cuando Honduras es aceptada formalmente en el ALBA durante un acto en La Habana.

Entre sus argumentos, Zelaya apuesta al ALBA porque –según asegura– beneficiará a los más pobres, pero empresarios/políticos se oponen al considerarlo nefasto para los intereses nacionales. Ciertamente esta decisión política tendrá un doble precio: el primero es el de crear una división en la sociedad civil hondureña; y el segundo es el propio cargo de presidente que Zelaya ostentó hasta el día en que lo madrugaron. A partir de ese momento comienza un pulso político entre dos bloques antagónicos: quienes ven la cercanía con Chávez como una relación peligrosa cargada de ideología y doctrinas, y los que simpatizan con las decisiones y amigos de Zelaya.

En este ambiente de división y en consonancia con la moda de las reelecciones indefinidas que campea por el continente –Venezuela, Costa Rica, Bolivia, Colombia, Nicaragua–, se impulsa la llamada cuarta urna electoral, la cual tenía como finalidad hacer una consulta no vinculante respecto a cambiar los artículos pétreos 373 y 374 de

la Constitución hondureña relativos a su reforma y su inviolabilidad. El plan de Zelaya era que a partir de una asamblea constituyente se pudiera cambiar el sistema político y, en especial, abrir la posibilidad a la reelección indefinida en ciertos cargos, incluido el de presidente de la república.

Las intenciones políticas de Zelaya se iban concretando, y en esta misma medida ciertos sectores de la derecha hondureña se activaron. El clímax de este conflicto interno se da cuando Zelaya destituye al Jefe del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas, el General Romeo Vázquez, cuando este y las fuerzas armadas a su mando se negaron a movilizar las urnas para la consulta popular convocada por el Presidente para el 28 de julio, día del golpe. Luego, la Corte Suprema de Justicia da un revés a Zelaya al admitir un recurso de amparo y considerar la decisión “arbitraria y violatoria de la Constitución y la ley de las Fuerzas Armadas”.

En medio de este panorama de división interna derivada de la lucha entre los poderes del Estado, ese 28 de junio Zelaya es detenido por comandos del Ejército en su casa y expulsado a Costa Rica en pijamas a un desayuno forzado de gallo pinto. Inmediatamente es sustituido por Roberto Micheletti, quien asume la presidencia de Honduras con las siguientes palabras: “Llego a la presidencia como producto de una transición legal... Este es un acto

democrático... El Ejército solo ha cumplido con la misión encomendada por la Corte Suprema de Justicia, la Fiscalía General y el sentimiento del pueblo hondureño”. Micheletti luego diría de manera directa y contundente que rechaza la influencia de Chávez en la vida política y social de Honduras. Estamos entonces ante un claro choque político-ideológico al mejor estilo de la Guerra Fría.

Tras el golpe llueven las condenas internacionales. La OEA, la ONU, la UNASUR, la UE y hasta los mismos Raúl Castro y Hugo Chávez condenan dicha acción, mientras la actividad política y los grupos involucrados comienzan a buscar una salida. Las salidas van desde los ya conocidos improperios y amenazas militares de Chávez contra “Gorletti” y su régimen, hasta dudosas mediaciones como la de Oscar Arias y su plan; en fin, hay un desfile de intenciones continentales y de personajes políticos que se desgarran las vestiduras por la agresión a la “democracia” y el terrible retroceso que implica lo ocurrido en Honduras.

### **Detrás del golpe**

Zelaya, quien políticamente no nació ayer, sabía las implicaciones y costos de su giro político a la izquierda y nuevas amistades del siglo XXI. Anuncia su interés en ingresar al ALBA para formar parte de una suerte de eje “alternativo” ejecutado por el Presidente

de Venezuela, Hugo Chávez, secundado por Bolivia, Ecuador y Nicaragua, teniendo siempre como referencia a Fidel Castro, quien a fin de cuentas es en gran parte el ideólogo y mentor de Chávez y su grupo afín.

Si bien el ALBA se presenta teóricamente como una alternativa a los modelos tradicionales de integración económica que favorecen el “imperio”, pareciera y en especial luego de lo sucedido en Honduras, que el ALBA es una organización creada con los mismos fines imperiales que desea combatir, pero con otro discurso, el de la izquierda. En otras palabras, el ALBA se ha transformado en una especie de ente ideológico internacional que busca explicar el llamado socialismo del siglo XXI, que hasta ahora no pasa de ser una frase publicitaria sin un corpus teórico coherente que lo respalde. Como acota Fernando Mires (2009): “... la estructura del ALBA semeja una fotocopia borrosa y en tamaño muy reducido de lo que fue una vez el imperio soviético. En su núcleo encontramos el eje La Habana-Caracas dentro del cual La Habana es su canal ideológico y Caracas su canal económico y militar. Enseguida tenemos a países satélites como Bolivia, Ecuador y Nicaragua”.

A lo anterior hay que añadirle que el lenguaje usado por Chávez es propio del que ha utilizado Fidel Castro – sacado de Marx o Lenin, entre otros

grandes ideólogos— en sus extensas conferencias en el contexto de la Guerra Fría y hasta la actualidad. Debido a cierto lenguaje ajustado a la fórmula revolucionaria, hay que tener presente que las revoluciones tienen su abecé, un esquema que debe seguirse. La derecha también; el famoso memorando del miedo contra el no al T.L.C. en Costa Rica durante el régimen de los hermanos Arias, es un buen ejemplo de los recursos de la derecha para mantener el poder político.

Lo que sucede en Venezuela y la asesoría cubana es una clara muestra de los pasos por seguir para establecer regímenes totalitarios amparados en el discurso de la defensa de aquellos a quienes el sistema neoliberal innegablemente ha excluido. Teniendo en cuenta estos aspectos, Zelaya con escaso apoyo político-institucional-social y ninguno militar, trata de impulsar la llamada cuarta urna con las ya conocidas consecuencias: el golpe de estado. Una particularidad de este acontecimiento son sus características inéditas, ya que por lo general son los militares quienes detentan el poder tras un golpe, pero en este caso no sucedió así. En su análisis, Fernando Mires acota: “...más bien



fue un “golpe de gobierno” pues todas las demás instituciones del Estado se conservaron intactas. De un golpe que, a diferencia de muchos que han ocurrido en el continente, no surgió una dictadura ni una junta militar sino un gobierno interino” (*ídem*).

El mismo autor resalta que otra de las características y prácticas comunes de los países que forman el ALBA —incluido Zelaya con las elecciones del 28 de junio— es ir dando “golpes desde el Estado” progresivamente, que no es otra cosa sino “el desmantelamiento de las instituciones públicas, la concentración estatal del aparato productivo, la manipulación de las elecciones como medio de acumulación del poder, las violaciones constitucionales (entre otras)” (Mires, *ídem*), y sobre todo destruir los reductos de la oposición. Así que Zelaya y todo lo que implícitamente representaban sus intenciones con la cuarta urna, terminan por activar lo que muchos ingenuamente pensaron que no se volvería a ver en la región, o sea los grupos de derecha, los mismos que imponen a Roberto Micheletti y son igualmente temibles que su contraparte chavista

del siglo XXI, que a nuestro entender es el nombre apropiado para llamar el fenómeno que se da en Venezuela y no como se le denomina actualmente: socialismo del siglo XXI. ¿Entonces qué pasó en Honduras?

En este punto hay que hacer un alto dentro del análisis de la crisis hondureña para plantear la siguiente hipótesis sin salirse del tema de fondo: ¿existió realmente la paz centroamericana firmada en Esquipulas el 7 de agosto de 1987? ¿O únicamente se llegó a un pacto de clases y de “gobernabilidad” partidocrática y oligárquica, una suerte de oligopolio político en cada uno de los países centroamericanos? Basta con echar un vistazo a los partidos que han estado ganando las elecciones desde que se firmó la –para nosotros– inexacta paz centroamericana en ese año y se verá que el poder ha estado repartido entre partidos políticos tradicionales o sus variantes, confundiendo así la democracia con partidocracia por más de veinte años.

Otro aspecto frágil de dicho acuerdo es que la tan laureada paz centroamericana duró –con el golpe ya no volvió a ser lo mismo– mientras no hubo una amenaza directa a ese pacto de clases firmado en 1987, pero bastó que un gobernante se saliera del guion para que se activaran los grupos de extrema derecha en toda Centroamérica, dando así una clara señal a cualquier intento de introducir ideologías que

no estén acordes con las de las partes firmantes, de que serán repelidas, sin importar el derecho internacional, los acuerdos internacionales o las cláusulas firmadas. El mismo ex presidente de El Salvador, Mauricio Funes, se autoexorcizó al declarar públicamente que su forma de gobernar sería más al estilo de Lula da Silva en Brasil que le de su homólogo venezolano Hugo Chávez, mientras que Martinelli en su discurso de toma de posesión en Panamá dejó claro que no simpatiza con Chávez en sus ideas. ¿No dice esto mucho?

Dejando entonces el tema de la vigencia de la paz centroamericana como una hipótesis que daría para un análisis mayor, retomemos lo de Honduras para señalar que ahora con Zelaya destituido y sin derecho a defenderse y un nuevo gobernante aferrado al poder a pesar del no reconocimiento pleno de la comunidad internacional, se tienen los ingredientes propios de una versión latinoamericana de una “guerra fría”, donde objetivamente el golpe de estado o de “gobierno”, como se le quiera llamar, no es un golpe a Zelaya, sino a las intenciones de Chávez de exportar su revolución a toda Latinoamérica, tarea en la que falló su referente Fidel Castro a pesar de vivir el clímax de la Guerra Fría y de contar con apoyo y la logística de la U.R.S.S. En este panorama y tras los primeros cien días después del golpe, Zelaya se hallaba en la Embajada de



Brasil luego de haber entrado furtivamente a Honduras y ser “huésped” de esta sede diplomática mientras se trataba de llegar a un acuerdo. El más favorecido fue el gobierno de facto de Micheletti, a quien el tiempo iba favoreciendo mientras minaba a Zelaya.

Micheletti, luego del ingreso de Zelaya a Honduras, dio por terminada la mediación del presidente de Costa Rica, Oscar Arias y su “plan”, el cual nunca fue de interés o agrado del propio Micheletti ni de su régimen, quienes siguieron el juego del diálogo para ganar tiempo y desgastar a Zelaya, pues ellos jamás hubieran firmado nada que implicara la vuelta de este al poder. Lo más probable es que los sectores más conservadores de Washington – los republicanos– hayan aconsejado a Micheletti que procurara dilatar un eventual acuerdo ya que las elecciones

abrirían una ventana a la “normalidad”, si es que se puede usar este término luego de lo ocurrido. Entre tanto estuvo una comisión de parlamentarios cubano-americanos en Honduras dando su apoyo al nuevo presidente.

Se programaron las elecciones para noviembre y ya había un gobierno de la región –el de Ricardo Martinelli de Panamá– dispuesto a reconocer el nuevo gobierno hondureño si estas votaciones resultaran transparentes. Esto hubiera abierto la posibilidad de que un nuevo gobierno fuera reconocido por más gobiernos continentales contrarios a la influencia de Chávez, sentándose así un precedente respecto a la consecución, elaboración y ejecución de golpes de estado en el continente –con sus variantes–, lo que hubiera sido la mayor pesadilla para el gobernante venezolano y para

todo aquel mandatario deseoso de perpetuarse en el poder por medio de este método. Esto nos hace comprender aún más el interés vital de Hugo Chávez en el caso hondureño, ya que se estaba jugando la posibilidad de expandir su ideología, al mejor estilo de los imperios que critica y fustiga. Expandirse o quedar relegados a un grupo de países llamados “revolucionarios” tratando de crear una versión tropical del Pacto de Varsovia son las opciones que se ofrecían. Puede decirse entonces que el interés de Chávez no era por la democracia, los hondureños pobres o por el mismo Zelaya, sino el de tratar de perpetuarse en el poder en su propio país y expandir la ideología chavista.

Hugo Chávez necesitaba restablecer a Zelaya ; de otro modo el próximo sería él, aunque las condiciones internas de ambos eran muy distintas, pues en Venezuela un “golpe desde el estado” era poco viable. Como Chávez centralizó los poderes en él, ciertamente podría haberse dado una variante en la ejecución del golpe. Su otro gran interés era puramente geoestratégico en términos reales; formaba parte de esa fórmula de las revoluciones: la expansión de la ideología y su sistema, la creación de países satélites que apoyen y sigan al eje.

Podría uno preguntarse entonces: ¿Qué hubo detrás del golpe? Honduras vino a representar hasta ese momento

otra derrota en el campo internacional para Hugo Chávez y sus intenciones expansionistas. Aun si Zelaya hubiera vuelto al poder, sería poco prudente e incipiente insistir en el tema de la cuarta urna, porque ya se vio que la extrema derecha en la región estaba lista para hacer uso de la fuerza militar. Se pone además en evidencia que el llamado socialismo del siglo XXI no es semilla fértil en cualquier país de la región, a excepción de Nicaragua por razones obvias relacionadas con su mandatario y una mezcla de factores partidistas y socioculturales.

Otro aspecto por considerar son los fines reales del ALBA como tal: ¿es una alternativa para la integración o es una mampara usada para proyectarse en términos de influencia geoestratégica en una lucha interminable contra el imperio? A nuestro criterio, se trata de una invención para tratar de expandir el incierto chavismo del siglo XXI, el cual no tiene nada de socialista en la práctica, solo sus íconos, colores y discursos.

En conclusión, vemos que lo último que les interesa a los actores del conflicto –izquierda y derecha– no son los sectores más desposeídos de Honduras, ni mucho menos la mal llamada democracia o la estabilidad de la región; lo único que les interesa, tal y como se dio durante la Guerra Fría, es la supremacía de un sistema político, económico, social e ideológico sobre

otro, por medio de discursos ideológicamente efervescentes y llenos de elaboradas citas y referencias históricas previamente articuladas que evocan la elocuencia, pureza y buenas intenciones de sus propuestas ideológicas. En Honduras hubo mucho más que la democracia en juego.

### **Bibliografía**

- Aguilera, G. (1989). *El fusil y el olivo. La cuestión militar en Centroamérica*. San José: DEI.
- Aguilera, G., Morales A. y Sojo, C. (1991). *Centroamérica: de Reagan a Bush*. San José: FLACSO.
- Chomsky, N. (1988). *Nuestra pequeña región de por aquí: Política de seguridad de los E.E.U.U.* Managua: Editorial Nueva Nicaragua.
- Díaz, D. (2004). *La construcción de la nación: teoría e historia*. San José: E.U.C.R.
- Guerra Vilaboy, S. (2006). *Breve historia de América Latina*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Katz, C. (2007). *El rediseño de América Latina: ALCA, MERCOSUR, ALBA*. Caracas: Editorial el perro y la rana.
- Mires, F. (2009). Cuatro partidos, un golpe y un decálogo. Consultado en: <http://www.incep.org/images/politicologo.pdf>
- Montero, M. (2004). *Ideología, alienación e identidad nacional*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca U.C.V.
- Petras, J. (2004). *Imperio versus resistencia*. La Habana: Casa Editorial Abril.
- Regalado, R. (2006). *América Latina entre siglos. Dominación, crisis, lucha social y alternativas políticas de izquierda*. La Habana: OceanPress.
- Saxe, E. (2005). *Colapso mundial y guerra*. San José: Editorial Amo del Sur.
- Saxe, J. (2006). *Terror e imperio. La hegemonía política y económica de E.E. U.U.* México: RandomHouseMondadori.
- Wiarda, H. (1986). *Conflicto y revolución. La crisis en América Central*. G. Arancibia (trad.). Buenos Aires: Ediciones Tres Tiempos.